



La Lectura Popular

AÑO XXI.

Orihuela 15 de Mayo de 1902.

Núm. 450

POBRES OBREROS!



¡Pobres obreros! os tomaron por delante los políticos de oficio y seguro que en lo sucesivo, aunque el trabajo escasee, trabajos no han de faltaros. Ya no se oye hablar por todas partes de otra cosa que del «porvenir de la clase obrera,» de las «necesidades de la clase obrera,» de la «dura explotación de la clase obrera;» y pregúntese á los oradores de pacotilla que repiten á cada paso estas sonatas, pero ¿ustedes son obreros?

—No señor.

—Pues entonces ¿cómo se han enamorado tan de repente de la gente que suda?

—Hombre, podrían decir, es que hasta ahora íbamos empujando la olla con la jeringa de la libertad, pero resulta ya la música tan gastada, que nadie hace caso de ella y hay que variar el registro.

En efecto, solo así se explica que de algún tiempo á esta parte salgan socialistas con levita hasta debajo de las piedras.

Y es que ahora pica la pesca por el lado del socialismo y ahí es donde los pescadores de oficio dirijen la carnada.

Deber es pues estrechísimo del escritor católico, que no vive de adulaciones ni de farsas, desengañar á algunos inocentes recordándoles ciertas verdades fundamentales respecto del trabajo que por lo visto andan algo olvidadas.

Hace algunos años escribíamos lo siguiente.

«Uno de los males que amenazan al mundo moderno nace de la torcida dirección que se há dado al trabajo humano; pues gracias á los errores naturalistas que nos envenenan, el hombre no trabaja ya para vivir y perfeccionarse sino para gozar y enriquecerse; en una palabra: que ha olvidado la doctrina cristiana, por lo que ya no va hacia adelante, sino hacia atrás.

—Pero hombre; se replicará, ¿por qué

tienen ustedes, ciertas gentes, ese afán de mezclarlo todo con la doctrina cristiana?

—Porque sin esa doctrina todo dá mal resultado.

—No lo comprendo.

—Pues es muy fácil. Figúrese usted, concretándonos al trabajo, que yo soy un pobre obrero que vivo de mis brazos y necesito todo mi jornal para la manutención de mi familia. Si estoy montado á la antigua, es decir, si pienso en cristiano me haré la siguiente cuenta: «Triste es esta vida que llevo; triste tener que pasar un día y otro día trabajando como un azacán para ganar el pan con el sudor de mi frente, y luego, por todo goce, andar siempre en estrechuras, y tal vez tener que sacrificar hasta el placer del cigarro para alimentar á mis hijos; pero, ¿cómo ha de ser? á este mundo no vinimos á gozar, sino á merecer: cada uno ha de tener su cruz: bendita sea la mía, que cuando Dios me la envió de esta clase, es sin duda porque se ajusta mejor á mis hombros. Despues de todo, puesto que el Evangelio ha llamado bienaventurados á los pobres, y á los ricos los compara á unos camellos que para salvarse han de pasar por el ojo de una aguja, más vale ser pobre que ser camello.

El obrero que piensa de esta manera, con seguridad es honrado, es laborioso, es fiel, vive con orden, no derrocha ni se embriaga, no arma revoluciones: en una palabra, da buen fruto á sí mismo, y á la sociedad y resulta practicamente el más feliz de la familia trabajadora.

De seguro que á este le luce el jornal más que á otros.

Pues hagamos la oración por pasiva.

Imaginémonos un obrero que aleccionado por las doctrinas dominantes y entusiasmado por esos charlatanes que comercian con el pueblo adulando sus pasiones para sacarle el jugo, procura trabajar, no para vivir cristianamente y educar á su familia, sino para realizar esos sueños de placer y de fortuna que dificilmente se realizan en esta vida porque ordinaria-

mente lo impide la misma pasión que los engendra: ¿qué sucederá? que su trabajo será como el del esclavo: violento, forzado y hasta peligroso.

Regularmente nadie se atreve á poner al frente de sus negocios un hombre de esta clase.

¿Por qué?: porque á quien trabaja de este modo no pueden pedirle ni grandes sacrificios ni grandes virtudes. Lleva en su corazón el veneno que las destruye.

De ordinario, esta clase de hombres viven ansiosos, descontentos, llenos de vicios: malgastan en la taberna la mitad de su jornal, y gracias si dejan la otra mitad á su familia para que la coma mojada en lágrimas. Regularmente ellos son la comparsa de todas las revoluciones, el instrumento de todos los ambiciosos y el pagote de todos los motines.

Estos obreros resultan, los más desdichados.

Si alguien les dijere al oído: «estais engañados; buscaís un imposible; á este mundo ni el rico ni el pobre vinieron á gozar: lo que llamaís grandes fortunas, tal vez son grandes desdichas; el más noble objeto del trabajo humano no es la riqueza, sino la perfección; dominaos aprended á sufrir, que sin el sufrimiento, ni el pobre ni el rico consiguen nunca la felicidad.»

Si se les dijere esto, la vida de esos pobres cambiaría por completo.

Pero se les dice lo contrario y ahí está el mal; ahí está la perdición.

Hoy se predica el naturalismo económico, la glorificación del trabajo, la lucha por la existencia, y de todas estas farándulas socialistas, el pobre es quien paga los vidrios rotos.

En efecto, si bien se observa, el cambio moral que se experimenta hoy en el mundo, no nace de otra cosa, que del inmenso desarrollo que la codicia, ha ido adquiriendo en la vida social, lo mismo entre los pobres que entre los ricos gracias á las doctrinas materialistas que dominan el mundo,

Y precisamente esto es lo que más influye para aumentar el malestar de las clases trabajadoras.

Y la razón es patente.

Como la codicia está en todas partes, arriba, abajo, á la derecha y á la izquierda ¿qué ha de suceder?, que el grande se traga al pequeño con más voracidad que nunca.

Cierto que el pequeño trata de defenderse pero... ¿y qué? Acaso el fuerte ¿no cuenta con elementos de batalla? ¿Se cambiará nunca la ley del mar en virtud de la cual la ballena se traga al salmónete?

Pero lo que debía llamar la atención del pobre obrero es que sus aduladores, que lógicamente parece debieran ser enemigos de los grandes capitalistas, son precisamente los que ayudan á éstos en su tarea centralizadora.

Blasco Ibañez, en su último viaje á París, cuenta que visitó á Zola, el gran amigo de los judíos, y que al verlo se entusiasmó tanto que le besó la mano.

Fíjense nuestros lectores y saquen cuentas.

Blasco besa la mano de Zola.

Zola besa la mano á los judíos.

Y los judíos se la besan al diablo que les ayuda á acaparar las riquezas de la tierra.

¿No es este cuadro un argumento capaz de abrir los ojos de los más ciegos?

Porque es cosa que llama la atención que, todos estos amigotes de los obreros, sean precisamente enemigos de la Religión que predica el desinterés y defensores de los judíos que acaparan el capital.

Y si nó, decidme.

¿Por qué los Blasco, Lerroux, Soriano y compañía gritan constantemente abajo el Papa y nunca se les oye gritar abajo Roschild?

¿Por qué los anarquistas de la commune incendiaban el año 70 el palacio de Versalles y fusilaban al arzobispo de París y no incendiaban ninguna casa de banca ni fusilaban á ningun archi-millonario?

¿Por qué triunfan hoy en Francia los candidatos socialistas más furibundos, y no puede triunfar Luis Drumont enemigo de los judíos?

¿Qué socialismo es este de nuevo cuño?

Desengañense los obreros; la justicia de los que hoy se llaman socialistas es como la libertad de los que hasta ahora se han llamado liberales; una nueva carnada para pescar tontos.

¡Pobres ilusos á quienes queda un resto de fé!; persuadios que no ha habido ni habrá jamás en el mundo más redentor que Jesucristo.

Pues bien, tomad en la mano su imagen y presentadla á esos que hoy se llaman apóstoles del pueblo y veréis cómo se les eriza el lomo.

Y ¿por qué? ¿de dónde nace ese odio?

¿No se trata de mejorar la suerte de los pequeños de la tierra? ¿Pues por qué odian á quien tanto hizo por ellos?

¿Por qué esa persecución al catolicismo y á sus instituciones las más democráticas que pudiera soñar la clase obrera?

¿Qué misterio se encierra en esta contradicción?

¡Ah! yo os lo diré.

Estudad de cerca á todos esos que os predicán doctrinas socialistas mientras gritan abajo el catolicismo y veréis lo que son y lo que hacen. Vedles cómo recolectan y disfrutan la cosecha anticlerical: observad cuan bien se aprovechan del botín de guerra; mirad al traficante francés M. Monys, radical hasta las cachas, escalando el ministerio de Justicia á fuerza de gritar contra las órdenes religiosas, para engordar á costa de la fortuna de esas instituciones que eran el consuelo de los pobres. Mirad al anticlerical ministro Millerand, demócrata, mason y jefe del socialismo colectivista de la vecina república, chupándose la friolera de nueve mil francos como diputado, setenta mil francos como ministro, y ciento setenta mil francos por gastos de representación:

Total **DOSCIENTOS TREINTA Y NUEVE MIL FRANCOS** al año.

O sean, **VEINTE MIL PESETAS** al mes.

Es decir ¡¡ciento cuarenta duros diarios!! el jornal de doscientos obreros.

Pues no digo nada de los demócratas que en España se hacen socialistas y predicán al pueblo nuevas doctrinas desde los balcones de dorados palacios conquistados por... *su talento*, porque hay cosas que hasta los ciegos las ven.

¿Cómo no las veis vosotros pobres obreros?

¿Cómo no veis que se os explota miserablemente y que toda esta farándula socialista es una pura comedia que acaba en tragedia cuando cegados por las pasiones que os inspiran vuestros predicadores os echais á la calle á derramar vuestra propia sangre?

Yo no niego que en el orden social hay mucho que corregir; que hay mucho que hacer en favor del débil, del desheredado, del menesteroso. Pero ¿quiénes creéis vosotros que van á realizar la reforma? ¿los enemigos de las órdenes religiosas? ¿los que no creen en Dios? ¿los que arrancan de la cabeza del enfermo á la hermana de

la caridad para sustituirla con la enfermera laica que se bebe el vino y desnata la leche?

¿Cuándo habeis visto que el olmo de la incredulidad dé peras de virtud?

¡Pobres obreros! si meditárais bien estas grandes verdades abrírais cada ojo como el de un puente y acabaríais de una vez la explotación de que sois víctimas; por que en vez de ayudar á vuestros enemigos ayudaríais á los hombres de fé y de obras; á los únicos que han luchado en el mundo en favor de la justicia derramando su sangre y no la agena. A los hombres que miran al cielo más que á la tierra, y á los cuales se les debe todo progreso en el camino de la civilización y de la fraternidad verdadera.

ADOLFO CLAVARANA.

REVOLUCIONARIOS

Y SOCIALISTAS

PINTADOS POR SI MISMOS

Habla Ernesto Lopez (alias Claudio Frollo) en carta escrita á su correligionario Nakens director de El Motin, á consecuencia de la última pelaza republicana en la que los hermanos del gorro se han tirado los trastos á la cabeza.

«Han pasado los años; sigo admirando la Revolución francesa; siento asco, imponderable asco por aquellos hombres sin los cuales tal vez la gloriosa Revolución no hubiera sido. Siento asco de Marat, el envidioso, el pequeño de alma, el sapo; siento asco de Robespierre, el vanidoso, el aristócrata, el que sentía repugnancia á la presencia mal oliente del pueblo; siento asco de Danton, el corrompido, el inmoral, cuyos amplios bolsillos se llenaban en todas las malversaciones...— y cuando recuerdo la ciclópea escena de la taberna del Pavo Real (escena que antes leía con fuego en las sienes y con las lágrimas saltadas) imagino que allí, en aquel rincón, los tres colosos puede que no riñeran sólo por la diversidad de apreciaciones del peligro extranjero y del peligro vendeano, sino que riñeran también por cómo habían de repartir el fruto de lo que cualquier parlamentario actual llamaría chulescamente una *combina*.

Sin embargo, querido Nakens, sólo esos hombres, sólo aquellos hombres hicieron la revolución; sólo en ellos hubo las cualidades para hacerla. Pudo Rousseau prepararla; pudo la Monarquía fomentarla; pudo Mirabeau advertirla. ¿Realizarla? Únicamente aquellos pillos. ¿Quién cree, quién puede creer á estas alturas que ninguno de aquellos revolucionarios surgió á los impulsos de otra cosa que de la más abyecta ambición personal? Iban á ser, á poder, á encun-

brarse; hé aquí todo. Los actos para llamarse Napoleón ó para conseguir una alcaldía de barrio siempre han partido de un sentimiento igual.

¿Y dice usted ¡oh maestro! fundado en la conducta de los hombres, que no es posible la revolución? Desmíentase usted, rectifíquese usted, retractémonos todos. La revolución es muy posible y ha de nacer—y si no al tiempo—de aquellos hombres de quienes el artículo de usted siente más repugnancia. El que no tenga nada y, sea como sea, lo quiere todo: hé ahí al jefe de cualquier revolución.

Repasemos la lista que hizo usted, sin hacerla, en el artículo, y que yo copiaré explícitamente, pues como más chi quillo soy algo menos reservado.

Hay hombres, los de mayor prestigio, á quienes es preciso descartar, porque no sirven.... No sirve Sa'merón, que es viejo, que tiene una posición y un bufete que conservar; ni Muro, porque se necesita listeza y Muro es tonto; ni Esquerdo, porque las revoluciones, posibles para un loco, son de toda imposibilidad para un «chalado»; ni Azcárate, que es un sapiente y elocuente hipócrita; ni Marengo, á quien falta la audacia desde que se la quitó el conde de Xiquena; ni Melquiades Alvarez, retórico inofensivo, temeroso á la sangre; como no sirvió Pi, que no tenía pasiones ó que las ocultaba cuando menos; como no serviría usted, el maestro, el apóstol, porque usted quiere sobre todo la República, pero sobre la República su reputación de intachable; y para adquirir ciertas fuerzas se necesita fingir, ceder, humillarse, gritar, dar dinero y tomarlo, ser audaz y reírse.

—¿Quién? me dirá usted entonces? Ahí están. Son los jóvenes. Son los nuevos. Son los que aun no han llegado á la categoría de respetables. Son los audaces, los rientes, los *desaprensivos*, los que quizá por intuición saben que nada estorba para nada, los que conviven con el pueblo y lo sirven *sin perjuicio de servirse de él*; son los dichosos que no saben de ciencia política, ni de filosofías, ni de sistemas, ni de quintas esencias, ni les es necesario; son los que llaman jefe á Esquerdo y Muro y compañero á Bonafulla; son los amplios: amplios de criterio, *amplios de conciencia, amplios de manga*; son los que no temen al que dirán y *justifican y hacen bueno el que se diga*; son los que se exhiben, brujulean, charlan, escriben, gritan, viajan, se meten con las instituciones y *son amigos particulares de Sagasta*; son Blasco y Lerroux y Soriano y Junoy y Fuente.

Son los dichosos que marchan riendo por la vida, riendo de su dicha, riendo de su triunfo, riendo cuando les motejan, riendo cuando les apostrofan, riendo siempre. Son Soriano, tan elegante como Robespierre, y Lerroux, ya tan perfumado como Robespierre y tan robusto como Danton, y son Blasco y todos, que marchan á la revolución sin preocuparse mucho de lo que importe ella, por

el sendero de su dicha y de su fortuna personal.

Son qué, ¿se quiera que sean, los corrompidos?; pues bien: *los corrompidos*, pero capaces de ir á las barricadas y morir en ellas, y ofreciendo, si es preciso, sus cuellos á la *viuda*. Son los que no temen ni debben. Pero ¿á qué atajarlos? Lo que ellos sean ¿qué importa? ¿*Qué importa que engañen á las masas*, si las arrastran, si quizás las lleven á la revolución?

¿Que ésta triunfante pueden ser un peligro porque *pueden desacreditarla y arruinarla*? Tampoco esto es temible. Hecha la obra, nunca falta la guillotina, ni en caso extremo el puñal de la Corday; y nuestros queridos Blasco, Lerraux, Junoy, Soriano, tienen unos pescuezos muy hermosos.

¿Para qué comentarios? Esta carta no los necesita. Contemple pues en ella el pueblo la fotografía de sus *redentores* hecha por los mismos individuos de la familia y saque consecuencias.

LA GANGRENA

¡Horrible infortunio de los hombres del tiempo presente! Tienen necesidad de Religión; lo saben y lo confiesan; saben también que no existe Religión sin la Iglesia..., y tienen miedo á la Iglesia!

¿Qué quiere, pues, hacer la clase media? ¿Qué objeto se propone con una obstinación, que ninguna amenaza puede vencer, y que participa hoy de la demencia? Quiere destruir el único elemento de orden que á la sociedad queda. En presencia del socialismo, pronto á tragársela, se ocupa en aniquilar la influencia de lo que se llama el *espíritu celestial*. Piensa en dirigir contra éste último dique el torrente, cuya fuerza y cuyos asolamientos contempla con estupor; le pide que se lleve lo que resta de las obras religiosas y de las congregaciones pías. Quiere que ésta parte del pueblo que aún nos dá Sacerdotes, Hermanos de la Doctrina cristiana y Hermanas de la Caridad, llegue á ser, por la educación, semejante á éste otro pueblo donde los *clubs* hallan oyentes y soldados de barricadas.

¿A qué comparar esta dolorosa aberración, sinó con los enfermos que la disolución ha cubierto de úlceras, y que desesperan del arte de la medicina? No solamente están gangrenados hasta la médula, y no sienten ya en sus venas una gota de sangre pura, sinó que guardan el apetito horrible de los excesos que los han perdido. Para disminuir sus sufrimientos, llaman á los empíricos, y no retroceden delante de ningún remedio violento ó absurdo. Empero, si se les propone el único remedio que puede salvarles, es decir, un

cambio completo de vida, prefieren morir...

Luis Veuillot

LA COSA MARCHA

La *Dépeche* de Tolosa, órgano mason-radical-socialista del Mediodía de Francia plantea con claridad el programa que llevarán á las cámaras los diputados radicales del próximo Congreso. Helo aquí.

1.º Abrogación de la ley Falonx por la cual los franceses podían educar á sus hijos en los centros de enseñanza que quisiesen.

2.º Impuesto englobado y progresivo sobre la renta.

O lo que es lo mismo; acabar de una vez con la poca libertad y dinero que les queda á los católicos franceses.

Por algo dijimos un día que la revolución es un pacto entre ladrones.

Pues en España pongamos la barba en remojo y preparémonos á cosas análogas.

Por de pronto tenemos ya un proyecto de ley en el Congreso reformando la espropiación forzosa y si llega á cuajar ¡adios propiedad!

Por virtud del tal proyecto, cuando al Gobierno se le antoje construir una obra hidráulica, las tierras que esta obra beneficie puede el Estado hacerlas suyas para dárselas á quien se le antoje.

Y esto no es más que empezar; que detrás se prepara Canalejas á otras transformaciones de más miga diciendo que si él es ahora socialista no menos socialistas eran los que trazaron el proyecto de ley de que hablamos y los que *desamortizaron* los bienes de los frailes.

Y tiene razón. Tan.... liberales eran aquellos como estos. Todos tiraban al mismo blanco; el bolsillo del projimo.

LA TIERRA TIEMBLA

Con razón tiembla la tierra, movida á impulsos de la misteriosa fuerza, que late en sus entrañas. La catástrofe de la Martinica, efecto de las últimas sacudidas del globo terráqueo prueban cuan poderosa es la mano de Dios y cuán digna de respeto aquella Justicia omnipotente que á no estar contenida por la misericordia, destruiría en un momento toda la familia humana con la misma facilidad con que consume la arista la llama de voráz incendio.

Nuestros padres oponían en otros tiempos á la fuerza de los cielos irritados, la fuerza de la oración suplicante y de la adoración humilde: nosotros hinchados hoy con nuestros conocimientos científicos nos contentamos con poner nombres rimbombantes á las cosas y nos quedamos tan satisfechos.

Buena es la ciencia pero no es sólo ciencia lo que nos pide Dios: Dios nos demanda sumisión á su soberanía y reconocimiento humilde de sus derechos de criador y padre que es precisamente lo que más olvidado anda en la civilización liberal que padecemos.

El origen del Santo Trisagio prueba cuánto decimos.

Este Sagrado cántico no reconoce su principio en el fervor humano: el mismo Dios

ué el que se lo inspiró al profeta Isaias por medio de las voces de los Espíritus Angélicos con que alaban la gloria de su Hacedor. En la de estos fué donde lo aprendió un Niño, milagrosamente arrebatado al Cielo, como otro Pablo. Las circunstancias del suceso, siéndonos sumamente interesantes, no debemos ignorarlas. Refieren los Historiadores eclesiásticos que por los años de Cristo 447, imperando en el Oriente Teodosio el Joven se experimentó un terremoto casi universal y tan violento, que por su duración y espantosos efectos, se hizo el más notable de cuantos hasta entonces se habían sentido. Seis meses de continuo movimiento causaron indecibles estragos en los edificios más soberbios de Constantinopla, y en toda la célebre muralla del Quersoneso. La tierra se abrió en varias partes, y sepultó en su seno ciud. des enteras: las fuentes se secaron, y se descubrieron otras más abundantes: árboles de desmedida grandeza salieron de la tierra: viéronse cerros nuevos en las llanuras, y concavidades profundas las que antes habían sido montañas inaccesibles. El mar arrojó peces de gran magnitud, las bahías quedaron en seco con sus naves, y las aguas pasaron á inundar islas dilatadas. En conflicto tan continuado pareció prudente recurso desamparar las poblaciones; así lo ejecutaron los habitantes de Constantinopla con el Emperador Teodosio, Pulchéria su hermana, S. Proclo Patriarca á la sazón de aquella Iglesia, y todo el clero. Juntos en un lugar llamado el Campo enderezaban al Cielo sus clamores y votos pidiendo socorro, cuando un dia, entre 8 y 9 de la mañana, se sacudió la tierra con tanta vehemencia, que por poco no llevó los mismos efectos del Diluvio universal. Al susto sucedió la admiración. Un niño de tierna edad fué llevado por los aires, siendo testigos oculares todos los acampados, hasta perderse de vista. Despues de un largo espacio, restituído á la tierra del mismo modo que había subido al Cielo, refirió en presencia del Patriarca, del Emperador y de toda la multitud asombrada, que admitido al Coro Angélico, había oído cantar á los Angeles este concierto: «Santo Dios, Santo fuerte, Santo Inmortal, tened misericordia de nosotros, cuya visión se le había mandado poner en su noticia: dicho lo cual espiró, pasando á gozar eternamente la gloria que había dejado. San Proclo y el Emperador oída esta relación, ordenaron de acuerdo, que todos entonasen en público este sagrado cántico: con lo que inmediatamente cesó el terremoto, y quedó quieta toda la tierra. De aquí nació el uso del Trisagio prescribiéndole el IV Concilio Calcedonense, como un formulario á todos los fieles para invocar á la Santísima Trinidad en los tiempos calamitosos y funestos: de aquí el haber interesado la atención de los Prelados de la Iglesia apoyando su práctica con tantas indulgencias y gracias; de aquí el haberle puesto en método y reimpresso tantas veces, siempre con universal aceptación de todos, como un escudo invencible

para defenderse de la ira de Dios en los temblores. Con su uso tenemos también nosotros derecho á esperar los mismos efectos: pues somos amenazados con los mismos males que desterró en su origen.

Y sin embargo no lo rezamos.

¿Por qué?

¡Ah! porque somos muy *sabios* y sobre todo muy liberales.

LAS HUELLAS DEL LEÓN

Un marabut llamado Abd-el-Taleb, conocido por el arrojo y la decisión con que hacia la guerra á los franceses en Argelia, hablaba un dia con un oficial á quien había salvado la vida.

—¿Quieres que te diga lo que más me sorprende en tu conducta?

—Habla con franqueza, repuso el oficial.

—Pues bien; me extraña sobremanera el no verte orar, pues entiendo que el Soberano del cielo y de la tierra tiene derecho á que le adoremos; ¿de dónde viene que tú rehuses este tributo?

El oficial no sabía qué contestar. Por el pronto, pensó en decirle que oraba secretamente en el fondo de su corazón; pero como era pundonoroso, le repugnó esta mentira.

Por otra parte, le repugnaba también el aparecer descreído á los ojos de aquel hombre tan religioso. Además, hubiese sido otra mentira el confesar que era descreído, pues realmente era ateo.

Esto fué lo que en vano trató el oficial de demostrar al árabe; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y sólo obtuvo que éste quedase estupefacto.

—¿Tú no crees en Dios?—exclamó el marabut.

—No.

—¿De veras?

—Ciertamente.

—Tú eres un sabio, puesto que eres oficial francés.

—Mi ciencia no es tan grande como os lo imagináis, pero he frecuentado las grandes escuelas de mi patria.

—¿Y no has aprendido que Dios existe?

—No; veo que esto te espanta, pero mentiría si te digese otra cosa.

—No me extrañas tú tanto; lo que me sorprende es tu país, sus costumbres y sus leyes. Si al salir de la infancia has cesado de creer en Dios, lo has hecho porque tus maestros y tus jefes han cesado de hacerte pensar y de hablarte de Él.

—Cierto es, dijo sonriéndose el oficial, que en la politécnica nos hablaban de otras cosas muy distintas.

—Pues bien, no tenían razón, puesto que todo viene y va á Dios; y una ciencia que no lo tiene por base y cima, no es ciencia verdadera. Si quieres, te propongo hagamos mañana una excursión para reponer tus fuerzas hasta aquel grupo de palmeras que dan sombra al arroyuelo. Allí hace un fresco delicioso y pasaremos las horas del calor.

—Con mucho gusto—respondió el oficial.

Al día siguiente, un poco antes de la auro-

ra, se pusieron en marcha, y llegaron al sitio designado una hora después. Una ancha cintura de arena rodeaba este pequeño oasis.

—¿Conoces estas huellas?—preguntó el marabut al oficial, mostrándole las pisadas de un cuadrúpedo.

—Perfectamente; esas son las huellas de un león que ha venido á la fuente.

—Dices verdad; mas ¿por qué sacas la consecuencia, por estas huellas, de la existencia del león?

—Porque es evidente como la luz del día—repuso sorprendido el oficial.

—¡Ciego! insensato!—exclamó el marabut.—Crees en la existencia del león con solo haber visto la impresión de sus pasos sobre la arena, y cierras los ojos ante las huellas deslumbradoras que Dios ha dejado en el universo. Contempla ese sol que se levanta en el horizonte, y esas montañas cuyas cimas dora, y esos fértiles valles; y esas inmensas llanuras; escucha esos pájaros que saludan la vuelta del dia; presta oído á los mil ruidos de la vida y de la naturaleza, y atrévete á decir que no son estas las huellas de ese ser que nosotros llamamos *Allah*, los judíos *Jehová*, los griegos *Teos*, los romanos *Deus*, los franceses *Dieu*, y los españoles *Dios*; nombres todos adorables y sagrados que designan el Ser perfecto y eterno, el Creador y Conservador de todo lo que existe.

El oficial guardó un momento silencio, y despues repuso:

—Tienes razón; es preciso negar que el león ha pasado por esta arena, ó reconocer que Dios ha dejado sus huellas por todas partes.

VIVIR SIN DIOS

El humano corazón,
Con irresistible anhelo,
Tiene hacia su patria, el cielo,
Sublime gravitación.
Quien tuerza la aspiración
Que en él Dios quiso imprimir,
Ignora lo que es sentir
Y lo que es amar olvida.
Dios es vida de la vida;
Vivir sin Dios, no es vivir

Diego Tortosa.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id.	1 » »
Un octavo id.	0.50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península. Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Paz 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.